

Sección internacional

ASUNTOS GENERALES

Otra vez el fantasma de la crisis

El 46o. Informe Anual del Banco de Pagos Internacionales (BPI), publicado el 14 de junio último, llamaba la atención sobre una serie de fenómenos que tienden a hacerse más evidentes a medida que avanza el segundo semestre del año. Se decía allí que en 1976 se acentuaron las tendencias centrífugas en las paridades, con la caída de la lira italiana y la libra esterlina, y la afirmación del marco alemán y del franco suizo. El informe hacía una reflexión singularmente grave: “no se puede decir que la flotación haya contribuido al equilibrio”, y señalaba que el Comité de los 20 había llegado en un primer momento a convencerse de la bondad de las paridades flexibles, pero que ya no existía consenso sobre ese punto.

Las afirmaciones del BPI, formuladas antes de que el desequilibrio de los mercados europeos se hubiera agudizado, no hicieron más que poner en evidencia un proceso que se intensificaría semanas después. A mediados de octubre se produjo una nueva revaluación del marco alemán frente al resto de las monedas que integran la “serpiente” europea. Ese mismo hecho, así como la forma en que se llevó a cabo, revelaron la magnitud de las disparidades que aún subsisten entre los países creadores del mecanismo de flotación.

Como se sabe, el sistema de flotación conjunta se inició en 1972, y fue la forma en que Europa trató de adecuarse a la inconvertibilidad del dólar, organizando un sistema de referencia para las paridades de los países integrantes del Mercado Común Europeo. La “serpiente” fue creada por once países: los nueve miembros de la Comunidad, más Noruega y Suecia. El franco francés saltó de su banda de flotación en 1974 y volvió a ella en 1975, pero en marzo de este año volvió a abandonar el mecanismo conjunto de paridades, del que actualmente también están ausentes la Gran Bretaña, Irlanda e Italia. La crisis de la “serpiente” proviene del debilitamiento de las monedas de esos países,

que no pueden encuadrarse dentro de la banda de flotación de 2.25%, alrededor de una tasa media teórica de cambio para cada moneda que, en muchos casos, se ha tornado muy difícil de mantener. La revaluación del marco alemán —considerada todavía insuficiente— ha servido para impedir que se profundice la crisis del mecanismo de flotación europeo e, indirectamente, para afirmar al dólar norteamericano, que en octubre registró los niveles más bajos de cotización de los últimos 16 meses.

Todos estos datos no hacen más que confirmar que, a pesar de las ilusiones depositadas en los nuevos mecanismos monetarios y de los acuerdos logrados para reformar el sistema financiero internacional, la crisis ha vuelto. Y existe la grave posibilidad de que esta crisis monetaria constituya el prólogo de un nuevo receso económico internacional.

La inflación permanente

La crisis monetaria internacional parece ser el resultado de la inflación permanente a escala mundial. La inflación permanente, no sujeta a las correcciones del desarrollo cíclico propio de la economía capitalista anterior a la época de la

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

monopolización de los mercados, se debe a la propia monopolización, en la que los precios no están sujetos directamente a la limitación de la demanda, y a la gravitación de los déficit presupuestarios, como ha sucedido en la economía norteamericana a raíz de la expansión de los gastos en armas.

La inflación permanente es, además, el resultado de la contradicción existente entre el carácter cada vez más internacional de los mecanismos de producción —expresado en el desarrollo de las empresas transnacionales y las asociaciones de capitales— y la subsistencia de un sistema monetario basado en estructuras nacionales. Las grandes empresas oligopolísticas planean su inversión a escala internacional, pero deben articularla a través de diferentes sistemas nacionales. El resultado de esa contradicción es la utilización de una moneda nacional dominante —el dólar— como medio de pago internacional, basado en que la economía nacional que la sustenta —Estados Unidos— es la principal instancia de acumulación de las empresas transnacionales. El sistema productivo está, de esa manera, más allá de los límites del sistema monetario. Si la estructura jurídica que prevalece en Occidente permite sortear con facilidad los límites de la soberanía en lo que respecta a la producción, a la inversión de capitales y al desarrollo de las actividades comerciales y financieras, no sucede lo mismo con el sistema monetario, sujeto estrictamente a las limitaciones de las soberanías nacionales. La crisis monetaria expresa esta dicotomía y, sobre todo, la manera específica en que se ha desenvuelto dicha dicotomía, mediante la utilización de una moneda nacional dominante —el dólar— como moneda universal.

La inflación permanente, que encuentra su principal base de sustentación en la oligopolización de los mercados, ha dado lugar a una renovada disputa por la capacidad de acumulación, que se manifiesta en una ofensiva sobre los precios, en una renovada guerra económica amparada por los distintos estados nacionales, y en una no menos intensa lucha de los asalariados por preservar o acrecentar sus propios ingresos. Por consiguiente, las empresas transnacionales, los distintos estados nacionales y las diversas clases sociales influyen también —a través

de los precios, los impuestos y los salarios— en el desarrollo de la inflación.

El mecanismo monetario internacional, por su parte, tampoco ha podido amoldarse a las nuevas condiciones. El automatismo teórico del capitalismo de competencia, ya cuestionado antes de la oligopolización de los mercados, es ahora un esquema lógico mucho menos adecuado a la realidad que antes. El desplazamiento de los capitales tiende ahora más a converger que a compensarse, bajo la influencia de las decisiones de inversión especulativa de las sociedades transnacionales. La crisis es, también, una expresión del desajuste permanente en los pagos internacionales. En consecuencia, cuando sobreviene la necesidad de un ajuste para compensar la balanza de pagos, el ajuste también refleja, invariablemente, la nueva relación de fuerzas, es decir, es un ajuste en favor de los poderosos. Por eso se puede afirmar que la crisis se expresa no sólo en el desajuste, sino también en los mecanismos para corregirlos: el nuevo equilibrio es, a su vez, una expresión de la crisis.

El sistema de Bretton Woods

El sistema monetario internacional está constituido por una serie de políticas y mecanismos más o menos concertados para facilitar las operaciones de ajuste entre las naciones y ayudar a la fluidez de los pagos y las transacciones financieras internacionales. El ordenamiento monetario surgido de la conferencia de Bretton Woods, en 1944, reimplantó el “patrón cambio oro”, que permitía agregar a las reservas metálicas las divisas convertibles en oro para que funcionaran como monedas de reserva. Pero, en su nueva formulación, el sistema monetario giraría en torno al oro, al dólar y la libra esterlina, aunque el dólar se constituyó en el verdadero eje del sistema por el carácter dominante de la economía norteamericana.

Mediante la emisión de dólares, que podían acumularse como reservas en el exterior, esa moneda nacional se convirtió en instrumento internacional indiscutible de pago y, de esa manera, las técnicas inflacionarias anticíclicas, que formaban parte de la política económica norteamericana, se extendieron al comercio exterior y a la economía mundial. El

déficit de la balanza de pagos estadounidense significaba una permanente inyección de liquidez al resto del mundo, que se transformaba de ese modo en deudor permanente de Estados Unidos. La aparente invulnerabilidad del dólar, la solidez de la economía norteamericana y el acopio de oro con que contaba ese país, sumado a su indiscutible capacidad competitiva en el mercado mundial, permitió reconstruir la economía europea y japonesa bajo el predominio de los capitales norteamericanos. El sistema de Bretton Woods, asentado sobre el “patrón dólar”, estableció un régimen de paridades fijas expresadas en oro y en dólares para los países miembros del Fondo Monetario Internacional (FMI). Los países se comprometieron a lograr una paulatina eliminación de las restricciones cambiarias, para asegurar la convertibilidad de las monedas nacionales a dólares. El problema de la limitación de la liquidez se encaró brindando a los países deficitarios la posibilidad de obtener créditos en el FMI por montos limitados, en relación con la magnitud de sus cuotas. El sistema resolvía, así, dos problemas fundamentales: el de la convertibilidad y el de la liquidez.

Durante la posguerra y hasta la segunda mitad de la década del 60 el sistema surgido de Bretton Woods desarrolló al máximo sus posibilidades y sus defectos. El sistema monetario facilitó la oligopolización de los mercados y la influencia rectora de la economía estadounidense. Pero la reconstrucción europea y japonesa terminó con el predominio exclusivo de Estados Unidos en el mercado mundial. El país perdió competitividad y el oro que antes fluía fácilmente a sus arcas, a través de un comercio con permanente saldo favorable, empezó a distribuirse entre los nuevos centros de poder, aunque el dólar seguía siendo la moneda patrón. Estados Unidos empezó a perder oro y, como seguía emitiendo dólares que se acumulaban como moneda de reserva del resto del mundo, llegó un momento en que era evidente que no podía responder por la conversión en oro de esa masa de dólares.

El régimen de las paridades fijas empezó a obstaculizar la función del dólar y sobrevino la crisis monetaria, que expresó tanto la incapacidad de convertir en metal los dólares emitidos, como la nueva relación de fuerzas surgida al cabo de

30 años de posguerra. El dólar se depreció frente al oro, al marco alemán, al yen japonés y al franco suizo y el Gobierno norteamericano decretó su inconvertibilidad frente al metal. El régimen surgido de Bretton Woods ya no garantizaba la convertibilidad y también era ineficaz para poner un límite a la liquidez global y, sobre todo, para ofrecer una adecuada distribución de esa liquidez.

La modificación de las relaciones de fuerza entre los grandes países industriales, las condiciones cada vez más cambiantes de la economía mundial y el desarrollo desigual de cada uno de los países, obligaron a abandonar las paridades fijas y a aceptar las fluctuaciones de los tipos de cambio. Pero, sin convertibilidad y con una completa inseguridad con respecto a la paridad de cada una de las monedas nacionales, el comercio mundial y el movimiento internacional de capitales se contrajeron. Desde ese punto de vista, la crisis monetaria era la puerta de entrada al receso económico.

El traslado de la crisis

La inflación permanente, facilitada por el sistema monetario internacional, dificultaba la acumulación de capitales. Los recursos líquidos se desplazaron de la esfera productiva a la de la especulación, realizando rápidas diferencias basadas en la variación de los tipos de cambio y en la diversidad de las tasas de interés. Para recomponer la rentabilidad en la industria había que producir un deterioro en el nivel de vida de los asalariados de los grandes centros industriales, o trasladar la crisis hacia la periferia del sistema. Los grandes países industriales combinaron ambas soluciones, pero dieron especial importancia a la segunda por la propia modalidad de la acumulación a escala internacional y por la dificultad en conseguir consenso para que los trabajadores de las naciones industriales limitaran sensiblemente sus demandas salariales. La caída de la inversión acrecentó la desocupación en los países centrales y disminuyó el nivel del salario real. El receso económico se filtró rápidamente hacia la periferia, a través de la caída de los precios de las materias primas y del acrecentamiento de los saldos desfavorables en las cuentas corrientes de las balanzas de pagos. En muchos de esos

países, particularmente en América Latina, se acentuó la influencia de los regímenes represivos, para posibilitar la caída de los salarios.

Al retraerse la demanda de los países altamente industrializados, con la recesión de 1973-74, declinaron los precios de las materias primas en los mercados internacionales. Muchos países productores tuvieron que recurrir a la devaluación monetaria, a la contracción de los ingresos fiscales y a la búsqueda de préstamos en el exterior para financiar el déficit en sus cuentas corrientes. Todas estas medidas se tradujeron invariablemente en un descenso del nivel de vida de la población, en una disminución de las posibilidades de desarrollo económico y en un traspaso de ingresos hacia el centro del sistema. El sistema monetario constituyó una vía de gran importancia para facilitar el ajuste, que fue —como ya se dijo— el ajuste de los poderosos. Podríamos señalar aquí que no sólo el desajuste fue una expresión de la crisis, sino también los mecanismos para corregirlo. Las devaluaciones en cadena, las limitaciones al gasto público y a la liquidez y la depresión en los mercados de productos básicos modificaron la estructura de los precios internacionales, traspasando ingresos hacia las grandes empresas transnacionales de los países centros y contribuyendo sustancialmente a recomponer de esa manera el mecanismo de acumulación. El precio de ese ajuste se encuentra en la brutal caída de los salarios y en la disminución de las posibilidades de inversión en los países de la periferia, así como en el progresivo endeudamiento externo de estos países, con el propósito de apuntalar sus balanzas de pagos que representaban un compromiso de nuevos traspasos de ingresos hacia el centro, y también con el aumento de la desocupación en la periferia y en el centro. La recesión en los países avanzados concluyó con un enorme sacrificio para los países periféricos.

Frente al carácter de la experiencia vivida y a la reaparición de la crisis monetaria, cabe preguntarse si ésta puede conducir hacia una nueva recesión en los países altamente industrializados, que culmine con una nueva sangría en la periferia. Para responder a esta pregunta hay que examinar, en primer lugar, el carácter de la presente crisis monetaria y desentrañar, en segundo término, las

perspectivas económicas que esa crisis plantea.

La nueva crisis monetaria se ha dado en el curso de una reforma del sistema monetario. ¿Esas reformas pueden modificar en algo las consecuencias de la crisis monetaria? Y, en todo caso, ¿por qué ha estallado de nuevo la crisis monetaria, a pesar de las reformas que se habían empezado a introducir en el sistema financiero internacional?

La reforma monetaria y las paridades flexibles

En los primeros días de 1976 concluyó en Kingston, Jamaica, la V Reunión del Comité Provisional encargado de llegar a un acuerdo sobre las reformas que habrían de introducirse en el Convenio Constitutivo del FMI. William Simon, secretario del Tesoro de Estados Unidos, comparó el resultado de estas negociaciones con los acuerdos de Bretton Woods y dio a entender que podían ser un paso importante para estabilizar los tipos de cambio. La reforma propuesta, en síntesis, reduce la función del oro y proclama a los Derechos Especiales de Giro (DEG) como principal activo de reserva, crea un nuevo régimen cambiario que legaliza la flotación, aumenta los tramos de crédito que los países miembros pueden solicitar al FMI y esta última institución adquiere más facultades para supervisar la política cambiaria, a la vez que los países miembros son más responsables ante el Fondo, con respecto a sus propias políticas internas.

La crisis monetaria obligó a modificar parcialmente los planes de reforma del sistema financiero mundial, y ahora —una vez que se ha llegado a un acuerdo sobre las enmiendas fundamentales al Convenio Constitutivo del FMI, especialmente en lo que atañe al régimen de cambios— los mercados monetarios vuelven a experimentar bruscas oscilaciones en las paridades relativas.

Los cambios fijos no se correspondían, indudablemente, con la dinámica de las relaciones entre las distintas monedas, sujetas a ritmos inflacionarios diferentes. Los cambios fijos representan una articulación más o menos estable entre las distintas paridades. Las monedas usadas en los activos de reserva eran

aquellas que daban mayores muestras de estabilidad, y las alteraciones en sus valores eran verdaderamente excepcionales. Sin embargo, la misma existencia de paridades estables es un contrasentido con respecto al sistema monetario mundial. Las largas crisis monetarias que se desarrollaron a lo largo de la segunda mitad de la década del 60 y la primera mitad de los años 70 hicieron aflorar las tensiones y obligaron a modificar el criterio.

El nuevo ordenamiento monetario se basa en paridades flexibles dentro de ciertos límites. Es, en realidad, un régimen intermedio entre la flotación sin límites y los cambios fijos. Lo nuevo de la actual crisis monetaria es que ella se desenvuelve a lo largo de un régimen institucionalizado de cambios flexibles. Los cambios flexibles constituyen un pobre sucedáneo de una moneda universal, porque en este caso las presiones del sistema mundial actúan directamente sobre el valor de las monedas nacionales, acentuando las contradicciones entre ellas. El resultado es una inestabilidad permanente en las proporciones de cambio entre unas y otras monedas. Esta inestabilidad aparece levemente atenuada porque la banda de flotación es relativamente estrecha, pero los frecuentes "saltos" de algunas monedas más allá de los límites de esas bandas de flotación lo convierte en un mecanismo sumamente frágil y vulnerable, y vuelven a mostrar cuán débil sigue siendo el sistema monetario internacional y, sobre todo, lo poco que se ha avanzado para lograr una modificación que mejore de alguna manera su funcionamiento. El FMI, comentando el 46o. Informe Anual del Banco de Pagos Internacionales, señaló: "Para decirlo aún más francamente, las conferencias de Washington, Rambouillet y Jamaica no deberían modificar prácticamente en nada el funcionamiento del sistema monetario internacional".¹

La crisis monetaria y la posibilidad de un nuevo receso

Lo grave es que en el horizonte mundial empieza a perfilarse la amenaza de una nueva recesión. A principios de julio de este año, a pesar de la existencia de

algunos síntomas inquietantes, el balance todavía era optimista. En el discurso enviado por el Director-Gerente del FMI, H. Johannes Witteveen, al LXI Período de Sesiones del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, en Abidjan, se señalaba la decisiva mejora en la tasa de ganancia y el aumento en la utilización de la capacidad instalada, aunque se mencionaba con preocupación la persistencia de una alta tasa inflacionaria en 1976 y la perspectiva de que los precios aumentaran aún más durante el próximo año, el mantenimiento de un elevado nivel de desempleo y el hecho de que la mayor parte de la nueva inversión no estuviera directamente dirigida a aumentar la producción. A mediados de octubre ya era evidente que la reactivación económica se debilitaba en los tres países de más alto desarrollo económico de Occidente: Estados Unidos, la República Federal de Alemania y Japón. En Estados Unidos se había pensado que, durante 1976, el PNB crecería más de 5%, pero la estimación actual es de 4%, y en la República Federal de Alemania y en Japón también se advierte un decrecimiento en la marcha de la reactivación.

La crisis monetaria obligó a muchos países a elevar la tasa de interés para atraer fondos a sus propios mercados de capitales. El movimiento se extendió y volvió a producir un desplazamiento de fondos hacia los préstamos, pero con gran selectividad en las colocaciones. La alta tasa de interés encarece la inversión, pero —a pesar del dinero volcado a los préstamos— la liquidez disminuye por la aplicación de políticas monetarias estrictas, encaminadas a neutralizar los altos déficit presupuestarios y el elevado ritmo de aumento en los precios. La combinación de ambos factores —la falta de liquidez y el desplazamiento de fondos hacia los préstamos— deprimieron la demanda bursátil, dando lugar a una baja de las cotizaciones en Wall Street, París y Londres. La reticencia del mercado bursátil, el aumento de la tasa de interés y la vuelta a una situación de inestabilidad cambiaria, junto con la imposibilidad de trasladar a los trabajadores el efecto de la crisis mediante una reducción de los salarios en Europa occidental, están abonando el terreno para una nueva recesión. Esta perspectiva hace rato que fue visualizada en un informe del Chase Manhattan Bank: "las economías de los principales países del mundo

mostrarán rápidos indicios de expansión hacia mediados de 1976 y estarán caracterizadas por un crecimiento sostenido durante gran parte de 1977; pero el aumento de la inflación y una declinación de la economía estadounidense hacia fines de ese año conducirán a otra recesión mundial en 1978 y 1979".²

Que la actual crisis monetaria se desenvuelva en medio de un régimen de cambios flexibles no introduce demasiadas modificaciones en el análisis, ni atenua la perspectiva del futuro receso. El régimen de cambios flexibles supone un mecanismo concertado con mayores posibilidades de sortear las pequeñas y medianas alteraciones en las paridades relativas. Pero no modifica el fenómeno de la persistente tendencia a la alteración de las paridades, sencillamente porque la fluctuación es una expresión del diferente grado de crecimiento entre los principales países capitalistas, de la diversa evolución de las productividades nacionales y de la distinta capacidad de competencia, que muchas veces puede agudizarse por los movimientos especulativos de capitales, que también tienen su origen en los factores ya enumerados.

El mecanismo de flotación conjunta y la posibilidad de que cada divisa pueda desplazarse un cierto trecho con respecto a las demás, elimina las situaciones críticas cotidianas, pero no evita la acumulación de pequeñas tensiones, que —al cabo de un corto tiempo— suelen generar rupturas en las bandas de flotación, con la irrupción de los desequilibrios existentes en las paridades. Es que la inestabilidad cambiaria no es susceptible de resolverse exclusivamente en el plano monetario, porque se debe a factores que afectan la estructura económica de los diferentes países. Cuando esas tensiones se tornan críticas, los desplazamientos de la cotización exceden los límites de la banda de flotación tolerada. Tal es lo que ha sucedido últimamente con la lira italiana, la libra británica y el franco francés. Entonces llega el momento de una nueva corrección en el sistema de paridades y sobreviene una conmoción en el mercado monetario.

2. *Chase Econometrics*, "The ten years outlook for the world economy", comentado por *Il Sole-24 Ore*, Milán, 16 de octubre de 1975.

1. Boletín del FMI, del 28 de junio de 1976, p. 190.

Un futuro difícil para la periferia

El receso económico de 1974-75 en las naciones altamente industrializadas afectó gravemente a los países periféricos. La caída en los precios de las materias primas, unida a la elevación de los precios de los bienes manufacturados, provocó un déficit creciente en las cuentas corrientes de las balanzas de pagos de los países en desarrollo y los obligó a endeudarse aún más de lo que estaban y —en muchos casos— a depreciar sus monedas. A su vez, para sustentar los crecientes costos de producción de las materias primas y los ingresos de las compañías productoras y exportadoras, la mayor parte de los países periféricos traspasó el peso de la devaluación y de la crisis externa a los salarios reales, y los ingresos de los trabajadores sufrieron un sensible deterioro. Mientras la balanza de pagos conjunta de los países en desarrollo presentó un déficit en cuenta corriente de 6 000 millones de dólares anuales en el período 1968/72, en 1973 el saldo negativo ya era de 9 000 millones, en 1974 de 26 000 millones y en 1975 de 35 000 millones. Por otra parte, el monto de la deuda externa conjunta de los países periféricos había alcanzado en 1975 una magnitud superior a los 150 000 millones de dólares.

Si se cumplieran los pronósticos de una próxima repetición del receso internacional, la situación para los países en desarrollo sería especialmente grave, porque si la baja de la actividad económica de 1974/75 los deterioró a una escala tan descomunal, en lo que hace al déficit en las cuentas corrientes de la balanza de pagos, en el crecimiento de la deuda externa y en la caída de las reservas, una nueva coyuntura depresiva en las naciones altamente industrializadas los arrojaría a un nuevo retroceso a partir de una situación ya intolerable. Es posible que una repetición de la crisis en los países muy industrializados tornaría imposible de controlar la situación económica en la periferia del mundo capitalista. Para atenuar la perspectiva señalada podrá afirmarse que en la actualidad, y salvo algunas excepciones, los precios de las materias primas son relativamente altos. Pero este argumento no alcanza a disipar los pronósticos desfavorables, porque —en vísperas del receso 1974/75— los precios de los productos básicos eran muy altos.

Aunque los precios de las materias primas bajaron con posterioridad, el promedio actual, en comparación con los de la década del 60 o con los que prevalecieron después de la última posguerra, es elevado. Sin embargo, esos precios deben servir ahora para hacer frente a necesidades de importación mucho más altas, como consecuencia del desarrollo de la industrialización y del alza de los precios de los productos industriales, y a un endeudamiento imponderablemente mayor. Sin duda, el efecto no sería uniforme, porque basta analizar la composición de las reservas internacionales para advertir que la crisis en las balanzas de pagos se combinó con una redistribución muy despareja de la liquidez internacional, debido —en primer lugar— a la peculiar situación del petróleo. No es de descartar que, en medio de la crisis, otras materias primas consigan obtener en el mercado mundial una situación relativamente privilegiada. Pero lo que no se debe poner en duda es que la nueva crisis en marcha desquiciará aún más el sistema económico de la periferia, como única opción de los países centrales para recomponer la acumulación de capital en sus propios mercados. Al mismo tiempo, si —finalmente— la crisis sobreviniera, tendrá también un terrible costo político.

La depresión pasada fortaleció los regímenes autoritarios en el Tercer Mundo, cuya misión es impedir todo tipo de reformas y descargar el peso de la crisis sobre los trabajadores. No hay que dudar que un nuevo receso económico internacional acentuará esas tendencias, particularmente en América Latina. □

La banca privada y la liquidez internacional

Mientras en la última conferencia monetaria de Manila los países periféricos continuaron exponiendo sus necesidades de financiamiento y sus difíciles problemas en torno al desarrollo, el sistema monetario internacional parece amoldarse —cada vez con mayor velocidad— a los requerimientos de las grandes corporaciones privadas.

A pesar de los enfrentamientos existentes en los comités conjuntos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del

Banco Mundial, en el Grupo Intergubernamental de los 24 y, en menor medida, entre los ministros de los países integrantes del Grupo de los 10, se consiguen formular periódicamente declaraciones más o menos impregnadas de buenas intenciones alrededor de los principales problemas vinculados al desarrollo económico y al financiamiento internacional. Pero el hecho indiscutible es que las declaraciones, las reuniones y los acuerdos no consiguen alterar los resultados provocados por el funcionamiento de la economía mundial capitalista y del sistema monetario: la disparidad en el crecimiento y en la distribución de los ingresos entre los países pobres y los países ricos.

Más bien, sucede exactamente lo inverso: a medida que se desarrollan las conferencias monetarias, la evolución del sistema financiero obstaculiza aún más la resolución de los problemas y se extiende la inseguridad general que surge de la inestabilidad en las paridades. Por otra parte, a medida que se concentra la atención en los mecanismos específicos de ajuste del sistema monetario, se extiende el radio de acción de otros mecanismos complementarios o paralelos, que pueden conducir —en un futuro muy cercano— a una agravación de los problemas que hoy ya resulta difícil resolver.

El proceso de ajuste y el desequilibrio monetario

Conforme a una larga tradición, se pretende que el sistema monetario cumple una función neutral de ajuste, y ése es el criterio con el que muchos países periféricos ponen en marcha las políticas de estabilización que acompañan a los préstamos que concede el Fondo Monetario Internacional para atender los problemas de la balanza de pagos. Sin embargo, el sistema monetario internacional es, en realidad, un generador de desequilibrios. Ello se debe a que la estructura monetaria no es un mecanismo separado del sistema económico sobre el que se asienta, sino un instrumento indispensable para cristalizar los resultados que se generan en el aparato productivo.

El actual sistema capitalista internacional está basado en el desarrollo desigual. Las diferencias en los procesos de acumulación están asentadas sobre la dis-

tinta capacidad de los mercados internos de los diversos países, así como en la desigual capacidad de penetración en los mercados mundiales, en los diferentes desarrollos tecnológicos y en los diversos niveles de productividad. Pero el desarrollo económico desigual se expresa en una corriente también desigual de ingresos monetarios entre los distintos países. Por tanto, los mecanismos de ajuste o de reestructuración del equilibrio sólo cumplen su cometido teórico cuando se aplican a países de similar grado de desarrollo. En los otros casos, el sistema monetario no hace más que concretar el resultado de la contraposición de estructuras productivas desiguales, cristalizando esa desigualdad en el plano de la liquidez internacional. Por consiguiente, en la relación entre los países muy industrializados y los insuficientemente desarrollados, el mecanismo monetario conduce invariablemente al desajuste.

El régimen internacional de acumulación está dominado por los países muy industrializados. El sistema monetario es una pieza vital de ese sistema de acumulación. Y los países periféricos cumplen, en el sistema internacional de acumulación, la función de traspasar excedentes hacia los países centrales. Por eso, el denominado ajuste monetario internacional, tal y como se practica en la actualidad, consiste en orientar las posiciones de liquidez internacional de la periferia en el marco de los requerimientos del sistema de acumulación mundial, dominado por los países centrales.

Hasta cierto punto, los países periféricos no tienen más remedio que aceptar las reglas del juego impuestas por el sistema monetario que ellos mismos integran sin poder controlar. Es necesario cobrar conciencia sobre el carácter de esa relación, para cuestionarla a través de una eficiente política concertada y solidaria entre quienes la padecen. Si bien es cierto que la voluntad sumada de todos ellos no tiene suficiente fuerza jurídica como para modificar las reglas del juego, también hay que tomar en cuenta que es más lo que se ha avanzado por el camino de las declaraciones generales que por el de las propuestas concretas y sólidamente respaldadas. Sin embargo, lo más alarmante es que las nuevas prácticas de financiamiento internacional parecen indefectiblemente encaminadas a debilitar aún más las posicio-

nes relativas de los países menos desarrollados en el sistema monetario.

El aumento de las reservas

El aumento continuado de las reservas internacionales ha provocado un incremento también continuado de la oferta monetaria mundial. Ambos procesos, a su vez, parecen haber dado lugar a un incremento en la tasa de inflación mundial, debido —en parte— al aumento de los precios de las materias primas por efecto de la expansión del comercio internacional. Esta idea, reactualizada por Robert Heller, Jefe de la División de Estudios Financieros del Departamento de Estudios del FMI,¹ indica que la agudización de la inflación mundial podría estar directamente motivada por el rápido incremento de las reservas. Es más lógico suponer que los costos internos de cada país se orientan de acuerdo con una serie de factores autónomos, y que el volumen de las reservas, al alentar el comercio exterior, influye en los precios de una manera indirecta. Puede suceder que el rápido aumento de las reservas sirva de vehículo para la propagación, a escala internacional, de la inflación generada en un país o en un grupo de países determinados. Por supuesto, el propagador de la inflación tiene que haber sido necesariamente un país o un conjunto de países cuyas exportaciones sean decisivas en el comercio internacional. El aumento de las reservas, en consecuencia, *facilitó* la propagación de la inflación internacional.

El funcionamiento del dólar como moneda nacional utilizada en los pagos internacionales explica la trasmisión de la inflación desde Estados Unidos al resto del mundo. El déficit de la balanza de pagos norteamericana dio lugar a un traspaso de dólares al exterior, o sea, a un incremento de las reservas en dólares del resto del mundo. El aumento de las reservas mundiales fue más o menos uniforme y se desarrolló manteniendo ciertas proporciones entre los países altamente industrializados y los menos desarrollados, pero mientras los primeros pudieron utilizar dichos recursos en incrementar la capacidad de acumulación interna y en competir con los productos manufacturados norteamericanos, los se-

gundos debieron utilizarlos en pagar un costo cada vez más elevado por los productos que importaban. Además, las reservas de los países periféricos se repartieron de una manera mucho más irregular, debido a la distinta suerte corrida por los precios de las materias primas en el mercado mundial.

El incremento de las reservas de los países en desarrollo fue sostenido, en parte, por la mayor asistencia crediticia internacional, o sea, por el crecimiento del endeudamiento externo. En los países altamente industrializados de Europa y en Japón, en cambio, una proporción creciente de las nuevas reservas provino, en el último decenio, de la compra de dólares por los respectivos bancos centrales, para impedir la caída de la moneda norteamericana en los mercados de cambio. De esa manera, el aumento de la liquidez internacional se sostuvo, en gran medida por el endeudamiento creciente de la periferia y por la entrada de dólares a Europa y Japón para mantener una relativa estabilidad en los tipos de cambio. En ambos casos, el ingreso de los dólares sirvió de vehículo a la trasmisión de la inflación norteamericana. El aumento de las reservas internacionales, al incrementar los denominados activos de reserva, permitió la expansión del circulante y del crédito bancario, con lo que existió la liquidez necesaria para sostener o alentar el aumento continuado de los precios. Como puede apreciarse, las estadísticas muestran un incremento sin precedentes de las reservas mundiales en el período 1970/72, seguido de un aumento más moderado en los años posteriores, influido seguramente por la aparición de las tendencias recesivas.

Una parte creciente de la expansión de las reservas se debe a la creación de los Derechos Especiales de Giro (DEG), que —como se sabe— están formados por una “canasta” de divisas, y a los préstamos otorgados por el FMI para financiar los desequilibrios de la balanza de pagos. Esos préstamos toman la forma de giros contra el Fondo Monetario, basados en los distintos tramos de las cuotas de los países miembros. A fines de junio de 1976 los giros netos pendientes de pago de los países miembros del Fondo ascendían a 13 500 millones de DEG. El reciente acuerdo logrado sobre las emisiones que han de introducirse en el

1. Fondo Monetario Internacional, *Staff Papers*, vol. 23, marzo de 1976.

Convenio Constitutivo del FMI incluyen una ampliación de 45% en las cuotas. Y a todo ello hay que agregar la creación del servicio especial para financiar los desequilibrios derivados del aumento de precio del petróleo, que hasta abril de 1976 alcanzaba a 7 000 millones de DEG y, finalmente, el sistema especial para compensar deficiencias transitorias en los ingresos originados en las exportaciones, debido a la caída de los precios o de los volúmenes exportados por causa de la recesión mundial. Es decir, que una parte creciente de las reservas en expansión están constituidas por créditos. Para comprobar el sentido de esta tendencia no hay más que recordar que los países en desarrollo no exportadores de petróleo cuentan aproximadamente con 13% de las reservas mundiales (cifras de marzo de 1976); al mismo tiempo, más de 41% de los giros netos pendientes contra el FMI, al 30 de abril de 1976, correspondían a los países en desarrollo. La proporción de las reservas en manos de los países periféricos es relativamente menor que la que corresponde a los países desarrollados, pero, además, la calidad de esas reservas es diferente, puesto

que la de los países en desarrollo está basada sobre el endeudamiento creciente.

El endeudamiento para financiar la expansión o el mantenimiento del nivel de las reservas no sólo gana importancia cuantitativa, sino que está experimentando una evolución cualitativa digna de la mayor atención.

Hasta la aparición de las crisis monetarias, la creación de liquidez internacional dependía de las tenencias de oro y de las reservas en dólares. La paulatina disminución de la importancia del oro en el sistema monetario internacional fue lograda a costa de una victoria del dólar, es decir, de una afirmación de la capacidad de dominio sobre el mercado mundial de la economía norteamericana y de las empresas de ese origen, en detrimento de algunos países de Europa y de Japón. Ahora, la creación de liquidez internacional depende casi exclusivamente del dólar, ya que los DEG ocupan un espacio relativamente minoritario, están subordinados de manera indirecta al dólar y, sobre todo, se destinan a "los

pobres" del sistema, a las naciones en desarrollo y a los países industrializados con posiciones en retroceso, como es el caso de Gran Bretaña e Italia.

Los grandes bancos y la liquidez mundial

En los últimos años, el predominio del dólar en la constitución de las reservas se viene coronando complementariamente con una mayor participación de los bancos norteamericanos en el financiamiento de la expansión de las reservas. De esta manera la capacidad de crear liquidez internacional está pasando aceleradamente a manos de las instituciones privadas, cuando hasta no hace mucho tiempo se aceptaba que esa función correspondía fundamentalmente a las instituciones oficiales.

Cuando el dólar empezó a debilitarse, a raíz de la exportación de la inflación interna de Estados Unidos al resto del mundo, los bancos norteamericanos captaron en el exterior una parte de esos dólares, que fueron reintegrados mediante préstamos a Estados Unidos. El mercado del eurodólar y toda su estructura financiera derivada son los que ahora alimentan en forma creciente las necesidades de liquidez de la periferia.

Los préstamos concedidos por los principales centros financieros privados internacionales a entidades no bancarias del exterior se estimaron en 261 000 millones de dólares en 1975, contra 61 000 millones en 1960. Es posible que muchas instituciones de menor importancia hayan quedado fuera de dicha estimación, pero tanto su magnitud como su evolución pueden considerarse sumamente representativos. Además, la mayor parte de esta actividad financiera se concentra en 50 grandes bancos.

Interesa destacar que este mercado de crédito va a evolucionar de manera muy significativa en los próximos meses, dado que muchos países periféricos han llegado al límite del endeudamiento y los bancos dudan acerca de su capacidad real para hacer frente a los servicios y las amortizaciones de eventuales nuevos créditos. Por ese motivo, las condiciones para acceder a nuevos préstamos se tornarán mucho más difíciles, posiblemente a raíz de nuevas alzas en las tasas de

CUADRO 1

Reservas internacionales totales (Fin de cada período) (Millones de dólares estadounidenses)

	1970	1971	1972	1973	1974	1975
<i>Total</i>	93 247	133 795	159 074	183 725	220 791	227 880
1. Países industriales, más otros de Europa, Australia, N. Zelandia y Sudáfrica ¹	74 339	109 578	126 827	139 519	141 002	139 829
2. Países menos desarrollados	18 908	24 217	32 247	44 206	79 789	88 051
2 a. Países exportadores de petróleo ²	5 226	8 697	11 222	14 935	48 013	58 067
2. b. Países no exportadores de petróleo	13 682	15 520	21 025	29 271	31 776	29 984
Total de reservas (Números índices)	100	143	170	197	236	244

1. El FMI considera países industriales a: Estados Unidos, Canadá, Japón, Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Noruega, Suecia, Suiza, Reino Unido. Otros de Europa son los siguientes: Finlandia, Grecia, Irlanda, Malta, Portugal, España, Turquía, Yugoslavia.

2. Los países menos desarrollados exportadores de petróleo son: Argelia, Ecuador, Indonesia, Irán, Irak, Kuwait, Libia, Nigeria, Omán, Arabia Saudita, Trinidad y Tabago, Emiratos Arabes Unidos y Venezuela.

Fuente: Basado en cifras del FMI, *International Financial Statistics*, junio, 1976.

CUADRO 2

Préstamos bancarios a entidades no bancarias del exterior
(Estimación en millones de dólares)

	1970	1971	1972	1973	1974	1975
<i>Total</i>	61 000	77 000	101 000	154 000	215 000	261 000
Bancos de Estados Unidos	24 000	33 000	41 000	56 000	83 000	98 000
En Estados Unidos	12 000	14 000	16 000	20 000	32 000	38 000
En el exterior	12 000	19 000	25 000	36 000	51 000	60 000
Bancos de otros países*	37 000	44 000	60 000	98 000	132 000	163 000

* Países que declaran datos al Banco de Pagos Internacionales (BPI).

Fuente: BPI, Reserva Federal, U.S. Treasury Bulletin y FMI.

interés y en las comisiones, y por una reducción de los plazos, que ya seguramente no excederán de 6 o 7 años. La diferenciación en el tratamiento de los deudores ha producido una marcada selectividad en el mercado mundial de capitales. Mientras que el 50% de los créditos en eurodólares u otras euromonedas va a parar a los países en desarrollo, los préstamos obtenidos por las naciones más desarrolladas se concentran en el mercado de bonos exteriores e internacionales, a plazos más largos. En estos últimos mercados, la participación de los países en desarrollo no supera el 2 por ciento.

El significado que puede llegar a adquirir el control directo de la liquidez internacional por parte de los grandes bancos fue planteado sin mayores eufemismos por Guido Carli, ex gobernador del Banco de Italia, en la XIII Conferencia Anual de la Fundación Per Jacobsson, realizada en junio pasado en Basilea. Aunque Carli dijo que él no creía que las últimas modificaciones introducidas en el sistema monetario internacional obedecieran a los intereses de los bancos norteamericanos, señaló: "algunos observan con satisfacción la escala de intermediación de la banca comercial en el financiamiento de los déficit de los importadores de petróleo y los superávits de los exportadores: las fuerzas del mercado, dicen, han suplido la indolencia de las autoridades. Otros los interpretan como corroboración de las malévolas intenciones de los autores de la reforma, afirmando que la erradicación del oro del sistema y el fallo en reemplazarlo con instrumentos oficiales confirman la

aviesa estratagema para fortalecer la posición dominante de los bancos estadounidenses".²

Hay que destacar que la mayor parte de la expansión de los créditos bancarios obedece seguramente a operaciones tradicionales; sin embargo, una parte creciente está constituida por préstamos otorgados a gobiernos y a instituciones financieras públicas. Este tipo de créditos no responde estrictamente a consideraciones comerciales, por lo que se considera que facilita directamente el financiamiento inflacionario.³ También conviene agregar que dicha expansión es, en cierta medida, independiente de la crisis del petróleo. Muchos analistas interpretaron que la expansión del crédito bancario privado para financiar el déficit en las balanzas de pagos podía deberse a la alteración producida por los aumentos del precio del petróleo, que encareció súbitamente las importaciones de muchos países centrales y periféricos, pero el propio Director-Gerente del FMI señala que esta tendencia apareció claramente antes de la crisis del petróleo.

La oligopolización de la estructura monetaria

Por consiguiente, es evidente que los

2. Boletín del FMI, 26/7/76.

3. H. Johannes Witteveen, "El FMI y la comunidad bancaria internacional", ciclo de conferencias organizado por *The Financial Times*, de Londres, en la ciudad de Nueva York, el 29 de abril último.

grandes bancos privados se aproximan a un control cada vez más firme de la liquidez internacional. Si se tiene en cuenta que los países en desarrollo deben realizar penosas gestiones para resolver los problemas de la balanza de pagos en el FMI, en el que están representados los *gobiernos* de los países integrantes de la comunidad monetaria, se puede llegar a imaginar cuáles serán las concesiones que deberán introducir en su política económica cuando las decisiones sobre la liquidez se encuentren *directamente en manos de las grandes empresas oligopolíticas*.

El crecimiento de las reservas, como fenómeno resultante de la inflación permanente, obedece a la naturaleza de la actual estructura oligopolística del capitalismo internacional. Como el capitalismo mundial se expande sobre la base del crecimiento desigual, el proceso de acumulación lleva a la permanente extracción de excedente desde la periferia hacia el centro. Por eso, el crecimiento de las reservas, que es uno de los instrumentos más importantes de la acumulación internacional, no se realiza de la misma manera en el centro que en la periferia. El país dominante emite y el resto de las naciones altamente industrializadas absorbe parte de la emisión y la devuelve parcialmente al país dominante, incrementando sus propias reservas y el endeudamiento a largo plazo del país dominante. Pero, en la periferia, las reservas crecen con más lentitud que el endeudamiento, debido a que una parte creciente de esas reservas están financiadas con préstamos internacionales. Hasta ahora, el financiamiento provenía especialmente del FMI y de la otras entidades mundiales de crédito, que lo otorgaban con un cierto condicionamiento sobre la política económica interna. Pero actualmente el condicionamiento sobre las políticas internas se han acentuado considerablemente, como puede apreciarse en las enmiendas acordadas para reformar al sistema monetario mundial. Y se acentuará mucho más, en lo que respecta a la restricción de la liquidez interna, a medida que el control de la liquidez internacional se centralice directamente en las manos de los grandes bancos privados. La expansión de la acumulación internacional del capital se realizará entonces a costa de un estrechamiento mucho más intenso del proceso de acumulación en los mercados internos de los países periféricos. □

El coctel monetario y financiero fue esta vez en Manila

PABLO SERRANO CALVO*

EL ESCENARIO

La comunidad financiera internacional tuvo otra vez la oportunidad de darse cita, como todos los años, con motivo de las reuniones anuales de Gobernadores del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). En esta ocasión se celebraron en Manila, del 4 al 8 de octubre, las XXI Reuniones de Gobernadores de ambos organismos. Las personalidades acostumbradas pudieron volver a ver, cambiar impresiones y, como siempre, alternar en los cocteles que acompañan a este tipo de actividades. Hubo una declinación al convite, sin embargo, que no pasó inadvertida: Denis Healy, *Chancellor of the Exchequer* del Reino Unido, prefirió quedarse en casa para poner un poco de orden en las cuentas. Peligraba el acceso a los últimos 3 900 millones de dólares de crédito que tiene ese país con el FMI, que tan útiles son para salvar a la decadente libra esterlina.¹

Por su parte, los anfitriones, el Presidente de Filipinas, Fernando E. Marcos, y su esposa, se encargaron de que todo quedara dispuesto para la llegada de los delegados, cuyo número fue superior a 3 000. Así, hicieron traer 200 *limousines* Mercedes que podrán adquirir, después de las reuniones, los adinerados locales por 14 800 dólares cada una. A fin de cuentas, a pesar de los 383 dólares de ingreso *per capita* de las Filipinas y del reciente terremoto, hay recursos en el país para comprarlas pues los preparativos de las reuniones y el programa turístico conexo que se ha puesto en marcha han representado importantes negocios para los oligarcas allegados a la familia presidencial.

En el último año y medio se construyeron 14 hoteles —13 000 habitaciones— de “nivel internacional”, en los que 30 000 trabajadores han estado ocupados. El *Plaza Hotel*, favorito de la señora de Marcos, que es parte integral del Centro Internacional de Convenciones, acaparó a 9 000 trabajadores distribuidos en tres turnos, distraiendo a los

* Egresado de la Escuela Nacional de Economía, de la UNAM, y diplomado en el Institut International d'Administration Publique, de París.

1. Véase “If the begging bowl stays empty...”, en *The Economist*, 2 de octubre de 1976, p. 101.

mejores de otras ocupaciones (doce murieron al desplomarse el techo del salón de baile). Sin embargo, se suscitó un pequeño contratempo: el hotel no pudo ser terminado a tiempo. Robert McNamara, presidente del BIRF, prefirió ser hospedado en un hotel viejo, pero en funcionamiento. Y César E. Virata, ministro de Finanzas de Filipinas, justificó esta inusitada construcción hotelera, llevada a cabo con una alta proporción de recursos públicos, declarando que se trata de un objetivo de desarrollo: “construcción de infraestructura que será requerida en el futuro”. Por lo demás, las “villas miseria” fueron alejadas de la ciudad o bien escondidas detrás de tapias pintadas de blanco para dejar el escenario resplandeciente.²

LA TONICA

La austeridad fue el *leitmotiv* de las reuniones. Austeridad tanto para los países industrializados deficitarios como para las naciones en desarrollo que tanto se han endeudado en los últimos dos años. La prioridad más alta, repitió Johannes Wittween, director-gerente del FMI, es combatir la inflación; para ello aconsejó a las naciones adoptar políticas “prudentes”, ya que “la inflación renovada representa el obstáculo principal para la reducción del desempleo”,³ opinión que comparte en buena medida con las autoridades estadounidenses y alemanas. Así, se deben adoptar políticas internas restrictivas antes que seguir endeudándose, y esto atañe tanto a lo que se ha dado en llamar la “clase media” (Brasil, México, Argentina) como a los que se podría considerar “aristócratas decadentes” (el Reino Unido, Italia) y a los “pobres de pedir” (las Filipinas entre ellos). Austeridad, en pocas palabras, para mil millones de desnutridos y para otros un poco mejor alimentados, que deberán apretarse el cinturón. El señor Wittween, además de economista, es un pastor que se esfuerza por conciliar las religiones de Oriente con las de Occidente.⁴

2. Para otros pormenores de los preparativos de estas reuniones véanse David A. Andelman, “Manila’s hotel boom may turn into bust”, en *The New York Times*, 29 de septiembre de 1976, y “Polishing Manila for the I.M.F.”, *op. cit.*, 3 de octubre de 1976.

3. Véase “Head of IMF urges halt to borrowing to cover deficits”, en *The New York Times*, 4 de octubre de 1976.

4. Véase “Para rebasar la crisis, México debe dar otro ‘paso atrás’: FMI”, en *Excelsior*, México, 4 de octubre de 1976.

La reciente crisis del sistema capitalista trajo cambios considerables en materia de pagos internacionales. Por una parte, el superávit en cuenta corriente de los países exportadores de petróleo se redujo en 30 000 millones de dólares (al pasar de 67 000 a 37 000 millones en 1975). Por otra, como contrapartida, los países industrializados pasaron de ser deficitarios a obtener un superávit, aunque mal repartido entre ellos, ya que Estados Unidos y Alemania Federal absorbieron la mayor parte del excedente. El resto, lo constituye un enorme déficit en cuenta corriente de los países en desarrollo (no petroleros), que aumentó en 1975 de 28 000 a 35 000 millones de dólares (de los cuales una alta proporción corresponde a países de ingreso intermedio, como México y Brasil).⁵ Este desequilibrio, cuya corrección debería ser responsabilidad tanto de unos como de otros, se trató de ajustar a través del endeudamiento por parte de los deficitarios; sin embargo, estos recursos no fueron suficientes y se dieron cambios importantes en la distribución de las reservas monetarias internacionales, que implicaron pérdidas de consideración para los países en desventaja.

Adicionalmente, se recurrió a los créditos del FMI. El señor Witteween advirtió el acusado aumento del uso de los recursos del FMI y, en particular, del "servicio financiero del petróleo" creado en ese organismo. Han sido 43 los países que han acudido al Fondo haciendo uso, a través de los diferentes mecanismos, de 12 200 millones de derechos especiales de giro (DEG),⁶ al 31 de agosto de 1976, en tanto que este monto no ascendía a más de 1 000 millones a principios de 1974.⁷ El FMI no tendrá recursos suficientes, ni aún con el aumento de cuotas por entrar en vigor, apuntó el Director-Gerente del organismo, y por ello "ha llegado el momento de dar más importancia al ajuste de las posiciones externas y menos atención al simple financiamiento de los déficit. Esta necesidad se torna más urgente ante el aumento de la deuda a corto y medio plazo resultante del financiamiento de los años recientes, que está empezando a afectar la capacidad crediticia de algunos prestatarios y a hacer más propicias las dificultades económicas y financieras".⁸ Las medidas de ajuste "prudentes" deben ser, por tanto, adoptadas internamente dentro de cada país.

La tónica del discurso inaugural del Presidente del BIRF, aparentemente distinta, no fue en el fondo tan contradictoria. Su atención se centró en el fracasado desarrollo de los países más pobres y en la falta de asistencia que han recibido éstos de los países ricos. Para ello destacó datos económicos y demográficos alarmantes en sí, pero que no tienen nada de

novedoso, como no sea su actualización, pues ya han circulado anteriormente en este tipo de reuniones.

Sí, hay "940 millones de seres que viven en intolerables condiciones de pobreza absoluta... Las disparidades son inmensas entre los afortunados habitantes del mundo desarrollado y los que, por accidente de nacimiento, viven en otra parte... Los habitantes de las naciones más pobres tienen una tasa de mortalidad infantil de 128 por mil contra 16 [de los países desarrollados]... una esperanza de vida de 50 años contra 72 y 62 por ciento de analfabetos contra uno por ciento". Ante este panorama, que ha sido y es aterrador, el señor McNamara apela a la retórica tradicional de la caridad cristiana y habla de "negligencia" de los ricos, de "egoísmo" de los "favorecidos, afortunados, rodeados de privilegios y ventajas", de "ayuda vergonzosamente insuficiente". Para combatir esta situación, exhortó a los países industrializados a incrementar su ayuda en términos concesionarios y a donar ayuda técnica para incrementar la producción de los países pobres, mientras que a éstos les aconsejó, además de moderar su crecimiento demográfico, reconvertir sus cultivos de exportación para no depender tan sólo de unos cuantos productos.⁹ Sin embargo, a diferencia de su colega del FMI, destacó la necesidad de mayores corrientes financieras, destinadas especialmente a los países más pobres, para lo cual se requiere aumentar el capital del BIRF y reponer los recursos de su filial, la Agencia Internacional de Desarrollo (AID), cuestiones que han contado con el veto del secretario del Tesoro de los Estados Unidos, William E. Simon.¹⁰

LOS DISTINTOS FRENTE ANTE UNA CONSTANTE

Tal como se ha acostumbrado en ocasiones pasadas, antes de iniciarse las Reuniones Anuales de Gobernadores del FMI y del BIRF, se lleva a cabo una serie de reuniones preparatorias, muchas de ellas a nivel regional, con el fin de presentar una posición común en la gran asamblea. Así, la Comunidad Económica Europea (CEE), los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), las naciones latinoamericanas y otros bloques habían acordado previamente sus argumentos. Ya en Manila se efectuaron las reuniones del "Grupo de los 24" (países en desarrollo), del Grupo de Diez (países más industrializados), del Consejo de Desarrollo y del Comité Provisional del FMI, que es la que cuenta en el dominio monetario.

De hecho, en la reunión del Comité Provisional, celebrada el pasado mes de enero en Kingston, se habían dado pasos firmes en materia de reforma del sistema monetario internacional. Un nuevo convenio constitutivo del FMI emanó de ella, mismo que entrará en vigor una vez que sea ratificado

9. Véase "La ayuda de los ricos, vergonzosamente insuficiente: McNamara", en *Excélsior*, México, 5 de octubre de 1976.

10. Véase "Head of the IMF urges halt... ", *op. cit.*

5. Véase "Fonds Monétaire International: le rapport annuel souligne la vulnérabilité de la situation financière du tiers monde", en *Le Monde*, 21 de septiembre de 1976.

6. Aproximadamente 14 250 millones de dólares.

7. Véase "Annual Assembly of IMF and World Bank and Preparatory Meetings", *Europe*, 4-5 de octubre de 1976, p. 11.

8. Véase "Head of the IMF urges halt... ", *op. cit.*

por 80% de los votos de los países miembros.¹¹ En espera de que los parlamentos respectivos den su aprobación, fueron pocos los temas de reforma monetaria sometidos a discusión en Manila.

El problema de los tipos de cambio fue crucial en Kingston ya que oponía a los estadounidenses y a los franceses; sin embargo, la solución fue que cada país escogiera el régimen cambiario de su conveniencia, ya fuera fijo, como el estipulado en Bretton Woods, ya flotante bajo la supervisión del FMI o, como se le dio en llamar, "estable pero ajustable", que fue la innovación de Estados Unidos en el sistema. Igualmente, el problema del desplazamiento del oro del sistema monetario internacional fue objeto de serias discusiones entre ambos países, llegándose al acuerdo de que una sexta parte del oro en poder del FMI sería restituido a los países que lo aportaron, en las condiciones originales, y de que otra sexta parte sería subastada para verter las utilidades resultantes que correspondieran a los países industrializados en un fondo fiduciario que otorgaría préstamos altamente concesionarios a los países más pobres.

Sin embargo, ambos temas volvieron a preocupar a los países de la CEE en Manila. En efecto, con respecto al primero, expusieron la necesidad de una mayor vigilancia por parte del FMI para evitar las fluctuaciones violentas que se han suscitado en los meses recientes. La drástica caída de la libra esterlina y de la lira italiana, así como la apreciación del dólar y del marco alemán, han amenazado la pervivencia de la "serpiente europea" que algunos países del Mercado Común habían constituido con el fin de proteger a su comercio y corrientes de capital intrazonales de los vaivenes cambiarios. Pero más aún, según el Gobernador del Banco de Francia, los tipos de cambio han agravado la inflación y alimentado mayores desequilibrios en los pagos internacionales. Sin embargo, Estados Unidos y el FMI son partidarios de la flotación de las monedas, pues con ella se logra el equilibrio de las fuerzas del mercado.¹² Si bien ambigua, esta posición quedó nuevamente plasmada en el comunicado de prensa del Comité Provisional, en Manila: "debe permitirse que los tipos de cambio desempeñen su debida función en el proceso de ajuste".¹³

En cuanto al segundo punto, el de las subastas de oro, los países de la CEE propusieron cambiar los procedimientos de las mismas, ya que las tres ventas realizadas hasta ahora han deprimido el precio del metal. Tal como se convino en Kingston, estas subastas se han venido efectuando cada seis semanas y han importado un volumen de 780 000 onzas en cada ocasión. Los países de la CEE, de común acuerdo, propusieron un plan de subastas semanales en el que el número total de onzas involucrado fuera menor. Sin embar-

go, en Manila se concluyó que la cuarta subasta, fijada para efectuarse el 27 de octubre, se realizaría en los mismos términos. De cualquier manera, el simple hecho de que el FMI venda una sexta parte de sus tenencias de oro implica el mantenimiento de niveles bajos en el precio del metal. ¿Quién estará comprando este oro?

Si algunos resultan directamente afectados con esta situación, son los países más pobres, beneficiarios del Fondo Fiduciario, ya que, a un precio menor, los recursos que podrán obtener de él serán inferiores al monto inicialmente considerado, que era de 3 000 millones de dólares para el trienio 1976-78, cifra que a todas luces resulta insignificante. Los países representados por el "Grupo de los 24" se limitaron a pedir donaciones voluntarias para resarcir dicho Fondo. Las naciones miembros de la OPEP acordaron aportar entre 15 y 20 millones de dólares, procedentes de las utilidades que les corresponderían por las ventas de su oro.¹⁴ Este grupo aprovechó la ocasión para anunciar otro aumento en el precio del petróleo, efectivo a partir del mes de diciembre, esta vez, se estima, de un 10 por ciento.

Volviendo a los países en desarrollo, sus peticiones se centraron en la obtención de mayores recursos financieros, esto es, apoyaron la posición del BIRF de aumentar su capital y de resarcir de recursos a la AID, además de que pidieron, como siempre, extender el acceso a mercados privados de capitales a países que hasta la fecha no han podido acudir a ellos. Sin embargo, no pronunciaron la palabra "moratoria", ni siquiera pidieron un aligeramiento de la carga que para ellos significa la deuda externa.¹⁵ Se estima que ésta asciende a 150 000 millones de dólares.¹⁶

El personal técnico del FMI y del BIRF es de la opinión de que el déficit en cuenta corriente de este grupo de países permanecerá hasta el primer semestre de 1976 en niveles ligeramente inferiores a los de 1975, esto es, entre 32 000 y 33 000 millones de dólares, sobre una base anual. Otras estimaciones, sin embargo, sitúan esta cifra en un nivel de entre 12 000 y 15 000 millones de dólares, lo cual altera notablemente el panorama.¹⁷ En todo caso, no se precisó si esta ligera o drástica reducción obedecerá a la petición de Estados Unidos de que los productos de los países en desarrollo tengan un acceso más libre a los mercados de los países industrializados, ahora en recuperación, o bien si lo que gravitará será la filosofía del FMI en el sentido de que los países con problemas de pagos externos deberán adoptar internamente políticas "prudentes" de ajuste. Esto es, ¿más exportaciones o menos importaciones? En la disyuntiva, dentro del contexto vigente de ajuste de balanza de pagos, el

11. Véase, del autor, "Las reformas recientes al sistema monetario internacional", en *Comercio Exterior*, México, marzo de 1976, pp. 321-326.

12. Véase "Le Fonds Monétaire réviserait sa politique de ventes d'or", en *Le Monde*, 6 de octubre de 1976.

13. Véase "Comité Provisional: resultado de deliberaciones en Manila", en *Boletín del FMI*, 11 de octubre de 1976, p. 289.

14. Véase "Monnaies et changes: fin de la Conférence de Manille", en *Le Monde*, 6 de octubre de 1976.

15. Véase "Less-developed nations, Meeting in Manila, drop request for special relief on their huge debts", en *The New York Times*, 3 de octubre de 1976.

16. Véase "Fonds Monétaire International: le rapport annuel. . .", *op. cit.*

17. Véase "Fonds Monétaire International: le rapport annuel. . .", *op. cit.*

desarrollo económico, aunque siempre dependiente, queda comprometido.

Por lo demás, se discutieron otros asuntos de importancia, como las condiciones del otorgamiento del último tramo de crédito a que tiene derecho el Reino Unido en el FMI, por 3 900 millones de dólares, y el crédito que Italia ha solicitado a ese organismo, por 530 millones de dólares. El Director del Banco de México aprovechó las reuniones para exponer las medidas que pondrá en práctica este país tras la opción de dejar flotar el peso mexicano (flotación que representa la devaluación en un 60% de esta moneda) y tras el crédito que obtuvo del FMI por 1 200 millones de dólares.¹⁸ Asimismo, se discutió la eventual expulsión de Formosa del Fondo, en caso de que China optara por adherirse a él.

En suma, en estas reuniones se puso de manifiesto un panorama económico mundial crítico, frente al cual el marco monetario y financiero acordado en Bretton Woods, quebrantado en 1971 y reformado en Kingston recientemente, no significa sino ataduras, deformaciones y predominio de naciones poderosas, que cada vez son más contadas, pero que son justamente las que lo imponen. Para ellas y para la comunidad financiera internacional el coctel resultó a pedir de boca.

¿Y SI EL MARCO MONETARIO Y FINANCIERO FUESE AL MENOS NEUTRO?

Las decisiones serias en materia estrictamente monetaria culminaron en la reunión de Kingston. Los países industrializados discutieron lo que les interesaba: tipos de cambio fijos o flotantes y el destino del oro. Si bien se llegó a soluciones de compromiso, la opinión de Estados Unidos fue la que prevaleció. Los países de la OPEP, por su parte, pasaron a ocupar un lugar más importante dentro de los dos organismos internacionales y los países en desarrollo siguieron tan relegados como siempre, si bien cierta atención aparente les fue prestada, dentro de ellos, a los países más pobres. Sin embargo, la esencia del sistema monetario internacional y del marco financiero no fue cuestionada.

A nueve meses de esa "reforma" los problemas se han agudizado y en Manila tampoco fue puesto el sistema en tela de juicio. Una decisión brutal fue la que imperó: la disciplina. Las posiciones del FMI y de Estados Unidos coincidieron, y no casualmente, en este respecto. Las cifras del BIRF no parecen haber moderado sus exigencias. Una disciplina augusta, sustentada en la austeridad, es la que deben acatar los países deficitarios. El enemigo público número uno es la inflación, y debe ser combatido a ultranza, haciendo caso omiso del desempleo que ello provoca.

El sistema capitalista cayó en una crisis profunda. Es reducido el número de países que se están recuperando de ella: Estados Unidos, Alemania y Japón, principalmente. A

tres años del brusco aumento del precio del petróleo, los países de la OPEP muestran ya un debilitamiento en sus ganancias; los "petrodólares" van siendo reabsorbidos. En cuanto a los países restantes (miembros de estos organismos) no han tenido otra posibilidad que endeudarse, perder sustanciales montos de reservas, o bien devaluar sus monedas, expedientes que no han bastado en el contexto del sistema internacional de pagos en vigor, a pesar de sus reformas recientes.

Así, los países que han acudido al FMI se han multiplicado. Y quien acude al FMI debe acatar estrictamente sus reglas del juego, cuya tónica dejó muy bien clara el señor Witteween en Manila. No en vano el Ministro de Finanzas del Reino Unido tuvo que permanecer en su país para garantizar un programa de austeridad, lo cual entraña serias negociaciones con los sindicatos, porque la inflación, según la filosofía del FMI, proviene sobre todo de los aumentos salariales.

¿Qué papel desempeña en última instancia el sistema monetario internacional? ¿Cuáles han sido los primeros resultados de la reunión en Kingston? Si en Bretton Woods quedó manifiesta la supremacía de Estados Unidos, en Manila no hizo mas que corroborarse la misma situación. Sin embargo, en estos 32 años, el sistema capitalista ha evolucionado y se requieren mecanismos más sutiles para proseguir con la acumulación del capital. Son un ejemplo de ello los tipos de cambio flotantes, de tanta utilidad para las empresas transnacionales, y la filosofía del FMI también lo es al exigir a los países en desventaja medidas recesivas que no llevan más que al desempleo y al abatimiento de los salarios reales. El expediente del endeudamiento ya se está agotando. Ha llegado, pues, el momento de dar campo abierto a la inversión extranjera directa que encontrará mano de obra barata para seguir reproduciendo su capital gracias a las imposiciones del FMI, tal vez inspiradas en las enseñanzas de la Escuela de Chicago, ahora condecorada con un Premio Nobel de Economía.

El marco monetario y financiero internacional no es neutro. En el pasado no lo fue, pues no parecen haberse cumplido los propósitos del FMI de "facilitar la expansión y el crecimiento equilibrado del comercio internacional y contribuir de ese modo al fomento y mantenimiento de altos niveles de ocupación y de ingresos reales y al desarrollo de los recursos productivos de todos los países miembros como objetivos primordiales de política económica".¹⁹ Ahora que el sistema capitalista flaquea y que la crisis se agudizó, este marco viene a descargar más que nunca el peso del ajuste sobre las naciones en desventaja. Es también por esta vía que se ejerce el predominio de los centros hegemónicos y, en particular, de Estados Unidos, pues en ambos organismos supranacionales tiene legalmente garantizado el poder de vetar las decisiones que interfieran con sus intereses. El próximo coctel volverá a ser en Washington, lo cual resulta más congruente. □

18. Véase "Disciplina fiscal, económica y monetaria, anuncia F. Hurtado", en *Excelsior*, México, 6 de octubre de 1976.

19. Véase el Convenio Constitutivo del FMI.

Perspectivas del mercado mundial de fertilizantes

Por primera vez en más de 30 años ha disminuido el consumo mundial de fertilizantes. La oferta fue superior en 6% a la demanda y se fueron acumulando reservas tanto en los países importadores como en los exportadores.

De todos modos los países más seriamente afectados por la crisis económica siguen tropezando con dificultades para abastecerse, ya que aunque los precios han bajado durante los dos últimos años, quedando al mismo nivel que en el tercer trimestre de 1973, antes de la crisis planteada por la subida de los precios del petróleo, es necesario hacer el pago con divisas. Esas son las conclusiones a que llegaron este mes los representantes de 72 países que participaron en la reunión de la Comisión de Fertilizantes de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), celebrada en su sede en Roma, bajo la presidencia de P. J. Fernández, de la India.

Para el porvenir más inmediato la Comisión prevé un alza moderada de los precios si se reactiva, como es de esperar, la demanda, particularmente en el hemisferio septentrional. De todos modos, dado que están entrando en funciones nuevas facilidades de producción, no es de suponer que en el futuro el aumento de los precios sea de la misma envergadura que en 1973 y en 1974.

Es de esperar que en el período comprendido entre 1976/77 y 1980/81 la oferta de fertilizantes nitrogenados, fosfatados y potásicos baste para cubrir las necesidades. De aquí a 1980/81 se duplicará, según se cree, la capacidad de producción de fertilizantes nitrogenados en los países en desarrollo. La Comisión

fue del parecer que dichos países tendrán que seguir dependiendo de las importaciones para abastecerse de fertilizantes potásicos, ya que son limitados los yacimientos que en ellos existen de sales potásicas. En cambio, la producción de fertilizantes fosfatados del mundo en desarrollo se ha de duplicar probablemente de aquí a 1980/81, dejando a dicho grupo de países bien abastecido y con un pequeño excedente. Al evaluar la demanda futura, el Secretario de la Comisión dijo que es necesario invertir en plantas para la producción de fertilizantes nitrogenados y fosfatados, sobre todo en los países en desarrollo, de modo que entren en funcionamiento no mucho más tarde de 1980. El informe de la Comisión afirma que las previsiones de la demanda han sido hechas sobre la base de la situación actual, más bien mala, por lo que si se quiere que mejore significativamente el abastecimiento de alimentos a la parte más pobre del mundo en un período razonable, será necesario acelerar más de lo previsto el ritmo de crecimiento del consumo de fertilizantes, particularmente en los países en desarrollo.

El desequilibrio cíclico de la oferta y la demanda de este importante producto para la producción agrícola ha dado lugar a una amplia fluctuación de los precios, con perjuicio de la producción de alimentos, y dicho sea de paso, también de los programas de promoción del uso de fertilizantes en los países en desarrollo. La Comisión, con vistas a estabilizar el mercado discutió algunas propuestas para concertar un acuerdo internacional sobre el comercio de fertilizantes, así como lo referente a contratos a largo plazo en el comercio internacional de fertilizantes, y concluyó que lo mencionado en primer lugar no es probablemente factible. Sin perjuicio de que continúe estudiándose esta cuestión, la Comisión recomendó, en cambio, contratos a largo plazo entre compradores y vendedores por considerar que contribuyen positivamente a la estabilización de los precios. En efecto, garantizan el su-

ministro a los compradores durante el período del contrato, a precios protegidos en gran medida contra fluctuaciones. Por su parte los vendedores tienen garantizado el mercado durante el período del contrato a precios que reflejan los costos totales y un rendimiento razonable de la inversión. Concluye el informe que es esencial convenir una fórmula para el reajuste del precio que sea justa y equitativa tanto para el productor como para el consumidor.

Numerosas delegaciones opinaron que debe continuarse prestando ayuda en materia de fertilizantes a los países en desarrollo y, particularmente, a los más seriamente afectados por la crisis económica, incorporando dicha asistencia a la política internacional de fertilizantes como esencial en la lucha contra el hambre, puesto que la realidad es que, en dichos países, hay todavía muchos campesinos que no pueden permitirse comprar fertilizantes, ni siquiera a los bajos precios que rigen hoy día.

Los países en desarrollo pidieron que continúe en vigor el Plan Internacional de Suministros de Fertilizantes de la FAO, a través del cual debería canalizarse no menos de 30% del total de fertilizantes dados como ayuda. Este Plan fue instituido hace un par de años para hacer frente a las situaciones que se le planteaban a los países más pobres por no poder importar todos los fertilizantes que necesitaban.

En cambio los países en desarrollo fueron del parecer que debe darse por terminado el Plan, en vista de que ya ha pasado la emergencia, y de que el abastecimiento de los países más gravemente afectados puede hacerse por vía bilateral.

Finalmente la Comisión convino en apoyar la propuesta que hace el Director General de la FAO al Consejo de la Organización en el sentido de que autorice la continuación del Plan hasta fines de 1977. □

Nota: Este artículo, con el título de "Acabó la escasez de fertilizantes y bajaron los precios. Sigue siendo difícil comprarlos por tenerse que hacer el pago en divisas", fue tomado de *Noticiero de Economía*, núm. 70, Servicio de Información de la FAO, México, junio de 1976.